

“NUESTRO PADRE DEDICO GRAN PARTE DE SU VIDA A LA DEFENSA DE LA INDUSTRIA NACIONAL, PORQUE SIEMPRE SOSTUVO QUE ERA LA UNICA ALTERNATIVA DE CRECIMIENTO PERDURABLE PARA EL PAÍS”

Graciela y Rubén Acastello

Los orígenes

Rubén Acastello: Esta historia comienza con mi padre, Don Osvaldo Acastello, que nació en 1934 en una familia descendiente de inmigrantes italianos. Creció en un hogar muy humilde, hijo de un chacarero. De chico, se levantaba a las cuatro de la madrugada para salir a vender las verduras que su madre cultivaba en la quinta donde vivían.

Siempre tuvo ansias de aprender y superarse. Cuando terminó la primaria, su madre le sugirió que aprendiera el oficio de sastre. Pero Osvaldo sentía que su desafío sería otro. Con gran esfuerzo, se recibió de perito mercantil con medalla de oro.

Tras graduarse en la secundaria, consiguió trabajo en un banco, mientras paralelamente llevaba la contabilidad de clientes privados. Luego, ingresó en el área administrativa de una fábrica de válvulas. Por su espíritu emprendedor, siempre buscaba la posibilidad de iniciar un proyecto por cuenta propia.

Graciela Acastello: En 1967, un grupo de jóvenes industriales



La familia Acastello. Década de 1960.

de la ciudad, entre los que se encontraba nuestro padre, vio la oportunidad de empezar a fabricar crucetas, con el objetivo de proveer a las fábricas de maquinaria agrícola y autopartistas de la zona. Así nació ETMA. Aquellos siete socios fundadores empezaron con muy poco capital y máquinas muy precarias. Mi padre siempre decía que montaron una fábrica con un camión de chatarra.

La segunda generación

Graciela: Nací el 11 de febrero de 1961 en Rafaela. Hice allí mis estudios primarios y secundarios y luego estudié Ciencias Económicas en Rosario, para recibirme de Contadora Pública Nacional. Inmediatamente después me radiqué en Buenos Aires para transitar mis primeros pasos como profesional en un prestigioso Estudio de Auditoría donde permanecí aproximadamente cinco años.

En 1990, nuestro padre quedó como único accionista y ETMA se convirtió en un proyecto de la familia. En aquel momento, con mi hermano decidimos regresar de Buenos Aires e incorporarnos a la empresa.

Rubén: Nací en Rafaela el seis de noviembre de 1959. De pequeño ya me gustaban los fierros y en las vacaciones solía trabajar en ETMA. Me formé como técnico electromecánico en la Escuela Técnica de Rafaela y estudié Ingeniería en Buenos Aires, pero no concluí con la carrera.

Graciela: Los primeros años que siguieron a nuestra incorporación a la empresa fueron muy difíciles. Eran los años de Menem y la industria nacional estaba totalmente desprotegida por la apertura indiscriminada de la importación. Tuvimos que reducir gran parte del personal. En 1995, en los funestos tiempos del Efecto Tequila, llegamos a una situación casi terminal.

Rubén: Fueron momentos críticos, que superamos con tenacidad y el apoyo de empleados, proveedores y amigos. A duras penas logramos mantener la empresa en funcionamiento. En aquel tiempo, siempre surgía la disyuntiva entre fabricar o importar. Pero mi padre no tenía dudas. Era un fanático de la producción y de preservar los puestos de trabajo en la ciudad.

Graciela: Para mi padre, fue un proceso muy doloroso. Pero él intentaba transmitir optimismo, cuando no parecía haber luz a la salida del túnel. “*Ya va a pasar*”, decía siempre. Así consiguió mantener el ánimo en el equipo. Tenía un liderazgo natural. Para él nada podía ser más duro que dejar de pelear. Jamás aceptó la idea de bajar los brazos y cerrar la empresa.



La planta de ETMA en su inicio. 1967.

ETMA S.A., hoy

Graciela: La situación se recompuso después de la devaluación y llegaron los mejores años de nuestra historia industrial. Gracias a un tipo de cambio muy competitivo, pudimos consolidarnos en el mercado doméstico y ganar participación en el exterior.

Actualmente, con un equipo de 80 personas, producimos crucetas, tricetas y movimientos universales, para vehículos livianos, pesados y maquinaria agrícola y vial. Nuestros productos, que se comercializan bajo las marcas ETMA, 500 Millas y Toledo, son reconocidos por su calidad tanto en Argentina como en muchos países latinoamericanos.

En 2007, inauguramos una planta de tratamiento térmico en el Parque Industrial de Rafaela con el objetivo estratégico de mejorar la calidad de nuestros productos.

La transición desde el fundador a la segunda generación se produjo de manera brusca hace tres años, cuando mi padre sufrió un ACV. Sólo en ese momento, sin el fundador, descubrimos realmente lo que implicaba manejar una empresa. Nos dimos cuenta de que sus enseñanzas quedaron marcadas a fuego en nosotros y que la convicción de nuestro padre pasó a ser la nuestra.

No fue sencillo hacerse cargo de una firma de tanta trayectoria, fundada por alguien que llegó a ser casi una leyenda de la industria en nuestra región y en el país.



Horno integral de nuestra planta de tratamientos térmicos inaugurada en 2007.

Gremialismo empresario

Rubén: Nuestro padre fue una figura histórica del gremialismo empresario, tanto a nivel regional como nacional. Fue presidente del Centro Comercial e Industrial de Rafaela y la Región, de la Cámara de Industriales Metalúrgicos de Rafaela (CIMR), fundador y presidente de la Cámara de Comercio Exterior de Rafaela (una de las primeras a nivel nacional) e integró la comisión directiva de la Federación Industrial de Santa Fe (FISFE). A nivel nacional, fue vicepresidente del departamento PyME de la Unión Industrial Argentina y miembro del Comité de Presidencia de ADIMRA. Fue un luchador incansable.

A los casi 70 años, todos los domingos por la mañana se sentaba con su computadora a plasmar sus ideas sobre la industria nacional. Siempre bregó por una reforma impositiva profunda: “...*un sistema simple y controlable a través del cual las provincias tengan la posibilidad de aplicar impuestos, reduciendo los nacionales, y asuman la responsabilidad de recaudar y ser competitivas para alentar las inversiones en el territorio, lo cual generaría nuevas fuentes de trabajo, crecimiento y desarrollo...*”.

“Deberíamos consensuar un modelo de país entre los sectores políticos, laborales y empresarios. Un único proyecto con la responsabilidad y obligación de que ningún gobierno de turno pueda cambiarlo, sino simplemente administrarlo”.

Nuestro padre, Osvaldo Acastello,
fundador de ETMA.



Para él, la articulación entre entidades públicas y privadas era una consigna central. Actualmente, Rafaela es un ejemplo de este modo de trabajo.

Fanático de la producción nacional como base de una distribución de la riqueza, pregonaba: *“a los sectores productivos no se le deben alcanzar muletas para que disimulen la renguera, hay que ponerle alfombras para que la producción se potencie, la economía crezca, y la producción industrial viabilice una justa distribución de la riqueza, con lo cual estaremos asegurando nuestra inserción en el mundo, con un mejor nivel de vida para todos”*.

Desde su actividad gremial empresaria aplaudió o criticó las decisiones del gobierno de acuerdo a sus convicciones, sin importar los colores políticos de turno.

Graciela: Nuestro padre alentó permanentemente la participación activa de los industriales en todas las asociaciones. Consideraba que sólo la unión permitiría alcanzar los resultados. *“Si no participan, no se quejen”*, decía siempre a sus colegas. Nosotros seguimos su camino. Por eso, colaboramos activamente en la Comisión Directiva de la Cámara de Metalúrgicos de Rafaela y de la Cámara de Comercio Exterior.

El legado

Graciela: Vivo con Gabriel Rivarossa, con quien tengo un hijo adolescente, Sebastián.

Rubén: Estoy casado con Patricia Lucena y tengo tres hijos: Micaela, Guido y Agostina.

Graciela: No fue sencillo ser hija de Osvaldo Acastello. Él era muy perfeccionista y quería que las cosas se hicieran a su manera. Pero también era una persona muy desprendida, que ayudó a mucha gente y también hizo un gran aporte a la actividad industrial en general. Luego de su muerte, descubrimos que había liderado proyectos que nada tenían que ver con nuestra actividad autopartista.

Rubén: Para nuestro padre, la fábrica era su vida. Jamás compró propiedades ni automóviles de lujo. Todo lo invirtió en máquinas. No podía concebir la vida sin la empresa. Era parte de su identidad. El día que tuvo el ACV, se cumplían 44 años de la fundación de la fábrica.

Graciela: El fruto de tanta pasión está a la vista. Somos la única fábrica integral de nuestra especialidad que sobrevivió a todas las crisis de la Argentina. Pasamos épocas muy difíciles, tanto en lo empresarial como en lo familiar.

Pero aquí estamos, aún de pie, con la figura de nuestro padre proyectándose sobre nosotros con toda su sabiduría, impulsándonos a seguir haciendo industria, porque nosotros somos los herederos de su sueño. Y eso es una responsabilidad y un tremendo desafío.